

Un año en el delta

Gabi Martínez noveliza su solitaria estancia en la isla de Buda, amenazada por el avance del mar

El delta del Ebro es uno de los lugares de todo el mundo donde las consecuencias del cambio climático resultan más visibles y dramáticas. La imparable subida del mar se produce a un ritmo mucho mayor al previsto incluso por las simulaciones más catastrofistas. “Los humedales están desapareciendo tres veces más rápido que los bosques, y nadie habla de ellos”, se dice en *Delta*, el último libro de Gabi Martínez “en la más pura tradición del *nature writing* anglosajón”, según Seix Barral.

Delta es un libro raro, a medio camino entre el ensayo, el reportaje, el relato autobiográfico y el cuaderno de naturalista, que aborda “los desafíos sociales y medioambientales a los que se enfrenta un ecosistema en peli-

gro de extinción”. Para escribirlo, el autor pasó un año en Buda, una pequeña y casi deshabitada isla en la desembocadura del Ebro, viviendo en la última casa antes del mar y emulando a sus héroes (y heroínas) literarios, autores como Henry Beston o Rachel Carson, que se apartaron a lugares remotos y escribieron sobre su experiencia en completa soledad.

Martínez nos contagia su entusiasmo por la cotidianidad de un entorno a la vez exuberante e inhóspito, muy atractivo para quien sepa apreciar la belleza de la naturaleza salvaje, pero que dista mucho de ser bucólico y en el que reina la discordia a pesar de su bajísima densidad de población. No es la primera vez que da muestras de su buen hacer en esto del periodismo in-



Gabi Martínez ya escribió sobre su experiencia como aprendiz de pastor en Extremadura

mersivo, en plan gonzo, ofreciendo una particular mezcla de crónica costumbrista y realidad novelada. Un poco en la línea

del nuevo periodismo norteamericano, alcanza una peculiar y muy efectiva expresividad explotando la autoridad fáctica

Seix Barral

Gabi Martínez

Delta



del reportero, pero a partir de técnicas propias de la narrativa.

Son muchas las virtudes que adornan su prosa, caracterizada por una gran calidad de página: la espontaneidad, la precisión para el detalle definitorio, el modo en el que adopta la perspectiva de sus personajes... Considera que la mejor manera de contar un lugar es contando a sus gentes, y que “la naturaleza física de los espacios determina el espíritu de los seres que lo habitan”. Martínez demuestra su versatilidad en el manejo de diferentes registros, y resiste cualquier tentación de ceder al buenismo repartiendo estopa por igual a instituciones, lugareños, ecologistas...

Miguel Artaza

El ‘garden party’

Por momentos, lo nuevo de Jacobo Bergareche recuerda al famoso cuento de Katherine Mansfield

La nueva novela de Jacobo Bergareche (*Las despedidas*, en Libros del Asteroide) pide ser leída de un tirón. Son apenas 150 páginas, un par de horas de moderada intriga hasta averiguar cómo va a salir Diego, el protagonista, del tremendo lío en el que le vemos meterse. Todo empieza con un *garden party*, como en el cuento de Katherine Mansfield, una fiesta pija (en castellano no suena tan *chic*) que acaba ensombreciéndose.

Más que a la celebración en sí, asistimos a sus preparativos, los esfuerzos logísticos, el trajín de invitados, cocineras, paisajistas... Los lectores de Mansfield recordarán que una circunstancia inesperada precipita las co-

sas y expone la verdadera naturaleza de los personajes. También aquí tendrá lugar una revelación que amenaza no ya la fiesta, sino la tranquilidad conyugal de Diego. Por lo general, el matrimonio y sus tres hijos forman una familia perfecta, pero tras dos décadas juntos, existen entre él y Claudia las habituales fracturas. Casi lo primero que ella le dice es que por favor no le explique a nadie “eso tan pretencioso” sobre los jardines ingleses porque “daba cierta vergüenza escucharlo”.

Las cosas acaban cobrando otro cariz, que no conviene desvelar, pero la presentación de la trama y algunos giros de guión recuerdan a los de esas películas de Woody Allen en las



Bergareche parece haber alcanzado la plena posesión de su voz, de su yo narrativo

que el protagonista distinguido, adinerado, exitoso, y aún así insatisfecho, se enreda en un turbio asunto de faldas y acaba cometiendo el crimen perfecto. En principio, Diego no encaja

en ese estereotipo. Es un buen padre y un buen marido, como Martin Landau o Jude Law hasta que la situación se volvió insostenible. Las complicaciones arrancan cuando distingue en



el puerto de Menorca a una mujer con la que tuvo una aventura hace algunos años, en unas circunstancias muy particulares, a las que se agarra para justificarse. De pronto, aquel deslizo ya no es un secreto inconfesable, sino alguien de carne y hueso tomando algo frente a ti en una cafetería. Diego ni siquiera recuerda su nombre, quizá nunca lo supo, y ella no lo reconoce o, directamente, le ha olvidado. La nostalgia inicial deja paso a otra clase de sentimientos. Razona que lo más sensato sería seguir con su vida, pero no puede evitar memorizar el nombre del barco al que la ve subirse.

M. A.